



## El hambre en el mundo

Jean Ziegler, “El hambre en el mundo explicada a mi hijo”

Si la distribución de alimentos en la Tierra fuera justa, habría comida suficiente para todo el mundo.

La FAO (Food and Agricultural Organization, la Organización para la Alimentación y la Agricultura de Naciones Unidas, evalúa en su último informe en más de treinta millones el número de personas muertas de hambre en 1999 y, para el mismo período, en más de ochocientos veintiocho millones los seres atezados por la desnutrición grave y permanente. Son hombres, mujeres y niños que, debido a la falta de alimentos, padecen lesiones con frecuencia irreversibles. O bien mueren en un plazo más o menos breve, o vegetan en un estado de deficiencia grave – ceguera, raquitismo, desarrollo deficiente de la capacidad cerebral, etc.-.

Nuestra Tierra podría alimentar por lo menos al doble de la población mundial actual. Alimentar quiere decir procurar a cada hombre, mujer y niño una ración equivalente a dos mil cuatrocientas o dos mil setecientas calorías diarias, dado que las necesidades alimentarias varían según los individuos, en función del trabajo que realizan y de las zonas climáticas donde viven. Si la distribución de alimentos en la Tierra fuera justa, habría comida suficiente para todo el mundo.

Según la FAO, podemos distinguir entre “hambruna estructural” y “hambruna coyuntural”. Ésta última está provocada por el derrumbe brutal, imprevisto, y a muy corto plazo de toda la infraestructura económica y social de una sociedad. Como por ejemplo, la devastación y destrucción de campos, caminos y pozos a causa de una sequía o un huracán; o como consecuencia de una guerra, donde se incendian las casas, la gente se echa a los caminos, se acaba con los mercados, saltan los puentes.

Súbitamente, deja de haber alimento, y millones de personas se ven en la indigencia de la noche a la mañana. Si la ayuda internacional no llega muy rápido, mueren.

Al contrario de lo que pudiera pensarse, no es tan fácil combatir la “hambruna coyuntural”. No basta con llevar la cantidad suficiente de alimentos a las personas necesitadas lo más rápido posible. Administrar una ayuda de emergencia requiere un personal especializado y bien preparado.

Un trozo de pan o un puñado de arroz para un hombre, una mujer o un niño que padece hambre pueden ser mortales. El organismo de una persona hambrienta puede estar muy dañado, debilitado y alterado. Se necesitan sueros y alimentos específicos. A veces el aparato digestivo es demasiado débil y hay que administrar líquidos nutritivos por vía intravenosa. La ayuda de emergencia es más que enviar contenedores de alimentos, es una operación logística y médica complicada y delicada.

La “hambruna estructural”, en cambio, corresponde a la falta permanente de alimentos, a la ausencia persistente de una alimentación adecuada.

Se debe al subdesarrollo general de la economía de un país, a la insuficiencia de sus fuerzas de producción y de sus infraestructuras y a la extrema pobreza de la mayoría de sus habitantes. La gente muere muy lentamente a causa del gran número de enfermedades que les asolan, de la falta de vitaminas o del kwashiorkor.

Es mucho más difícil de delimitar, porque no se manifiesta por esas procesiones de seres famélicos en busca de un poco de alimento, ni por los inmensos campos de acogida, o las largas filas de mujeres esqueléticas que llevan en los brazos a sus hijos con cabezas de ancianos.

La “hambruna estructural” es responsable de la desgracia que afecta a centenares de miles de niños que, en África, en Asia, en América Latina se vuelven ciegos por falta de vitamina A.

Es la causante de la muerte anual por parto de quinientas mil mujeres africanas, cuyo cuerpo debilitado no resiste la menor

infección. Se manifiesta asimismo por multitud de enfermedades, de epidemias desconocidas o erradicadas desde hace mucho tiempo en Europa.

Por ejemplo, el Kwashiorkor, que es la destrucción lenta del cuerpo, especialmente del de los niños, cuyo desarrollo se paraliza. El pelo se vuelve rojizo, hasta caerse; el vientre se hincha; los dientes se desenganchan y caen. El niño o adolescente mueren lentamente.

Otro de los males es la miseria que roe a tantos hombres en el Tercer Mundo. En los extrarradios de las grandes ciudades del sur de Asia, de África, del Perú, del Brasil, se pueden encontrar montañas de inmundicias. Son los desechos de los ricos de las ciudades.

Al amanecer, los pobres y los hambrientos invaden esos montículos, trepando por sus flancos. Escarban en las inmundicias con picos acerados. Si encuentran un trozo de carne, un cadáver de animal, restos de pan, verdura medio podrida o fruta estropeada, los meten en una bolsa que llevan con ellos.

Estos residuos son para sus familias, que viven en los arrabales, y les permiten una subsistencia incierta; pero su consumo, lógicamente, no es bueno para el organismo. La lombrices se desarrollan en el vientre y producen todo tipo de enfermedades, a menudo mortales.

En todo el Tercer Mundo, los detritus de los ricos alimentan si puede decirse así, a millones de pobres en miles de extrarradios. Supervivencia precaria, con la miseria en primer plano.

Lo más triste es que la raíz de la hambruna en nuestro mundo está en los intereses económicos y políticos de las grandes potencias, que pueden serlo a base de dejar en la miseria a tantos millones de seres humanos.

(Extractos de libro de Jean Ziegler, "El hambre en el mundo explicada a mi hijo", de Muchnik Editores)

Más información en la página web: